

Misa de fin de año

31 de diciembre

Nm 6,22-27; Sal 66, 2-3. 5. 6 y 8;

Gál 4,4-7; Lc 2,16-21

Para nosotros el sentido y el fin de la historia y de todas las vicisitudes humanas están en Cristo

“Señor, ¿es este el tiempo?”: ¡cuántas veces el hombre se hace esta pregunta, especialmente en los momentos dramáticos de la historia! Siente el vivo deseo de conocer el sentido y la dinámica de los acontecimientos individuales y comunitarios en los que se encuentra implicado. Quisiera saber “antes” lo que sucederá “después”, para que no lo tome por sorpresa.

También los Apóstoles tuvieron este deseo. Pero Jesús nunca secundó esta curiosidad. Cuando le hicieron esa pregunta, respondió que sólo el Padre celestial conoce y establece los tiempos y los momentos (cf. Hch 1, 6-7). Pero añadió: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos (...) hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8), es decir, los invitó a tener una actitud “nueva” con respecto al tiempo.

Jesús nos exhorta a no escrutar inútilmente lo que está reservado a Dios - que es, precisamente, el curso de los acontecimientos-, sino a utilizar el tiempo del que cada uno dispone -el presente-, difundiendo con amor filial el Evangelio en todos los rincones de la tierra. Esta reflexión es muy oportuna también para nosotros, al concluir un año y a pocas horas del inicio del año nuevo.

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4, 4). Antes del nacimiento de Jesús, el hombre estaba sometido a la tiranía del tiempo, como el esclavo que no sabe lo que piensa su amo. Pero cuando “el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14), esta perspectiva cambió totalmente.

En la noche de Navidad, que celebramos hace una semana, el Eterno entró en la historia, el “todavía no” del tiempo, medido por el devenir inexorable de los días, se unió misteriosamente con el “ya” de la manifestación del Hijo de Dios. En el insondable misterio de la Encarnación, el tiempo alcanza su plenitud. Dios abraza la historia de los hombres en la tierra para llevarla a su cumplimiento definitivo.

Por tanto, para nosotros, los creyentes, el sentido y el fin de la historia y de todas las vicisitudes humanas están en Cristo. En él, Verbo eterno hecho carne en

el seno de María, la eternidad nos envuelve, porque Dios ha querido hacerse visible, revelando el fin de la historia misma y el destino de los esfuerzos de todas las personas que viven en la tierra.

Precisamente por eso en esta liturgia, mientras nos despedimos del año..., sentimos la necesidad de renovar, con íntima alegría, nuestra gratitud a Dios que, en su Hijo, nos ha introducido en su misterio dando inicio al tiempo nuevo y definitivo.

Mientras desfilan ante nuestros ojos los numerosos acontecimientos del año..., queremos, en este año que estamos esperando, remar "mar adentro para llevar el anuncio del Evangelio a los hogares, los ambientes y los barrios, (...) a toda la ciudad"¹.

Ojalá que cada comunidad cristiana sea escuela de oración y gimnasio de santidad, una familia de familias, donde la acogida del Señor y la fraternidad vivida en torno a la Eucaristía se traduzcan en el impulso de una renovada evangelización.

Cada parroquia y comunidad está llamada a la oración constante, para que el Señor envíe obreros a su mies, y a una dinámica y confiada labor de formación de los jóvenes y las familias, a fin de que se comprenda la llamada de Dios en su fuerza liberadora y se la acoja con alegría y gratitud.

Esta noche, de nuestro corazón agradecido se eleva un canto de alabanza y de acción de gracias en esta Eucaristía. Acción de gracias por los beneficios recibidos, por las metas apostólicas alcanzadas y por el bien realizado.

Hermanos y hermanas, al final de un año es particularmente necesario tomar conciencia también de nuestras debilidades y de los momentos en que no hemos sido plenamente fieles al amor de Dios. Pidamos perdón al Señor por nuestras faltas y omisiones: *Miserere nostri, Domine, miserere nostri*. Sigamos abandonándonos con confianza a la bondad del Señor. Él no dejará de tener misericordia con nosotros y de ayudarnos a proseguir nuestra vocación y misión de bautizados, donde el Señor nos ha puesto a cada uno.

Confiamos y nos abandonamos en tus manos, Señor del tiempo y de la eternidad. Tú eres nuestra esperanza: la esperanza de nuestra Diócesis y del mundo, el apoyo de los débiles y el consuelo de los extraviados, la alegría y la paz de quien te acoge y te ama.

Mientras termina este año y la mirada se proyecta ya al nuevo, el corazón se abandona con confianza a tus misteriosos designios de salvación.

¹ L'Osservatore Romano, ed española, 29-VI- 2001, p. 2

Que tu misericordia esté siempre con nosotros: en ti hemos esperado. Sólo esperamos en ti, oh Cristo, Hijo de la Virgen María, dulce Madre tuya y nuestra.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)